LECCION LIRICA DE COLOMBIA

POR

OSCAR ECHEVERRI MEJIA

Al R. P. Félix Restrepo, S. J.

ABRO ESTE MAPA *de Colombia, y toco*
su cuerpo, como isla, rodeado
de los mares eternos de Balboa y Colón
y del océano quieto de los Llanos.
Su cuerpo, que defienden de esas aguas
—como diques de roca y de verdura—
los cíclopes callados de los Andes.
Su cuerpo, agreste y dulce, dividido
por la líquida herida del río Magdalena.
Su cuerpo, que semeja un barco cuya proa
es la Guajira, donde se confunden
el coral y la perla con la sal,
la llanura y el bosque con el indio y la sed.

Esta es Colombia, Venus brotada de las olas;
su destino es acuático, y suspira
anclada entre sus altas cordilleras
y su nieve y sus valles,
y un pie que apenas roza el Amazonas,
mientras ríos de nombres musicales
la incitan para el viaje entre sus ondas:
el Atrato, el Vaupés, el Cauca, el Caquetá,
el Otún y la Miel, el Mira, el Risaralda,
el San Juan, el Quindío y el Micay,
el Patía, el Baudó, el Sinú, el Orinoco.

Aquí una raza oscura y misteriosa
esculpió la leyenda de El Dorado
al crear con sus manos el milagro
de su desnuda y clara orfebrería.
Aquí duerme su sueño de doncella
la esmeralda que piensa que es un mar sumergido,
y conviven el tigre y la paloma,
y la nieve perpetua y el cactus. En los páramos,
el frailejón levanta su ternura
como un mástil de lana;
y en las cumbres esperan como labios
la papa, bautizada por los quichúas,
con la bandera azul y blanca de su flor
ocultando su pulpa entre la tierra;
la pera con su forma de campana;
la curuba —granada sin cantores—
y la manzana trémula de zumos.

En los valles
el trópico prepara sus frutas: la papaya,
que en su pulpa amarilla nos da el sol en tajadas;
la piña femenina, de duro corazón;
el mango, que resume la tierra en su sabor;
la pitahaya, que finge una tortuga
trepando por los muros con su carga de almíbar,
y el lulo, ese pequeño universo de miel.

Aquí crece el café, con niñez de esmeralda
y breve juventud de uva y de cereza;
su elixir viaja hasta el confín del mundo,

llevando el nombre de la Patria escrito
en la pizarra móvil de su jugo.

El maíz, cual regalo de América a Europa,
cuyos granos sonríen como niños,
y la caña de azúcar, con su talle
doblado hacia el dulzor igual a una mujer;
el aguacate —pera de los trópicos—,
el cacao moreno y deleitoso;
el tabaco,
que destila el insomnio y da a los sueños
su cuerpo grácil construído en humo.
Y en su entraña —corriendo como sangre—,
oscuro y codiciado, está el petróleo.

Esta es Colombia. Aquí está su Santa Marta
—reflejando su rostro en la bahía—,
guardando para siempre
el último destello del genio de Bolívar.
Y Barranquilla, a la que el Magdalena
trata en vano de hundir sus cimientos de arena;
Barranquilla, que ve pasar entre sus aguas
la imagen de la Patria eternizada.
Y Cartagena,
de piedra y ola, con perfil de espuma,
de cara al mar, rodeada por la historia,
edificada en rocas y heroísmo.
Y Medellín, en su pequeño valle,
con su cielo colmado de altas chimeneas
y su aire azul y puro, sostenido
por las manos pequeñas de la orquídea.
Y Bogotá, donde llegara un día
Jiménez de Quesada a conquistar un reino
y hallara en cambio su cabal destino,
antes que de guerrero, de letrado;
Bogotá, que forjara entre sus claustros
la libertad, las leyes, la poesía.
Bogotá, que sumerge sus pies en la Sabana
como en un mar inmóvil de verdor.

Como un bambuco, lleno de ritmo y armonía,
está Ibagué, de alegre corazón,

y Tunja, pensativa entre su niebla,
y Pasto, en su campiña, como un fruto;
Neiva, que ve nacer el Magdalena;
Bucaramanga, patria de los árboles;
Quibdó, de piel oscura, descalza entre la selva,
y Montería, estrella en el cielo del mapa.

Manizales, enhiesta en una cima,
con su rostro copiado en una nube
y ese aire transparente que el Ruiz pule y aviva.
Y Cali, que es un cámbulo, a la orilla
de su cielo, y parece una doncella
mirándose en el Cauca eternamente.
Y Popayán, tallada por el tiempo
como escudo y coraza de Colombia.

Aquí hay antiguos pueblos donde España
dejó el rastro indeleble de su paso
en una torre, en una callejuela,
en una plaza de castizo nombre:
Mariquita, Mompós, Cartago y Honda,
asidas en silencio a un recodo del tiempo.

Belencito, en la entraña del acero;
Chiquinquirá y su Virgen morena y colombiana.
Barrancabermeja,
flotando entre las aguas subterráneas
del océano viscoso del petróleo,
vibra a la sombra verde de la selva;
y al pie de sus colinas,
como joya esculpida por los indios,
está Zipaquirá, con su aire de égloga
y su iglesia brotada de la sal.

He aquí el Valle del Cauca y su paisaje,
que parece pintado por María,
y donde cae la luz sobre las cosas
como si se posara una paloma;
el Valle, en cuyo cielo ondea la guadua,
palmera que se curva
en busca del efímero espejo de las aguas.
Y la Sabana,

con las espadas múltiples del trigo
blandiendo al aire su dorado filo;
espejo del aroma, el eucaliptus,
y el pino silencioso,
que se yergue en un pie como una torre;
surtidor invertido, el Tequendama,
volando entre las manos de la brisa.

Esta es Colombia, en medio de sus altas montañas,
donde acendran los árboles su sombra y su madera;
donde la orquídea abraza
al tronco como una mujer enamorada.
En sus nevados vive la nieve prisionera,
erguida en soledad como flor inmortal;
el del Tolima, el Ruiz, el de la Sierra
de Santa Marta y el Santa Isabel.

Colombia, como un potro por la ilímite pampa
del porvenir; puerta del Nuevo Mundo,
pulso azul del mañana.
Patria del agua al par que del relámpago,
como un pájaro canta en la rama de América
y la mece en las ondas de la gracia
con su viento inmortal, la poesía.

Esta es Colombia, en fin, flor arrancada
al jardín del misterio por España,
doncella de los sueños de Bolívar,
y corazón temblando de futuro
en el pecho del mundo de Colón.

Oscar Echeverri Mejía.
Embajada de Colombia.
MADRID.